

Exploración de un Planeta Solitario

Carlos Reeves

EXPLORACIÓN DE UN PLANETA SOLITARIO

CARLOS REEVES



Capítulo 1

Exploración de un Planeta Solitario

Disponible en Amazon

Segunda edición impresa, 2021.

Exploración de un Planeta Solitario | Carlos Reeves

Ilus. ALM. - Guadalajara, México 88p.

Visita: **carlosreeves.com**

N/R 03-2014-091010284700-01

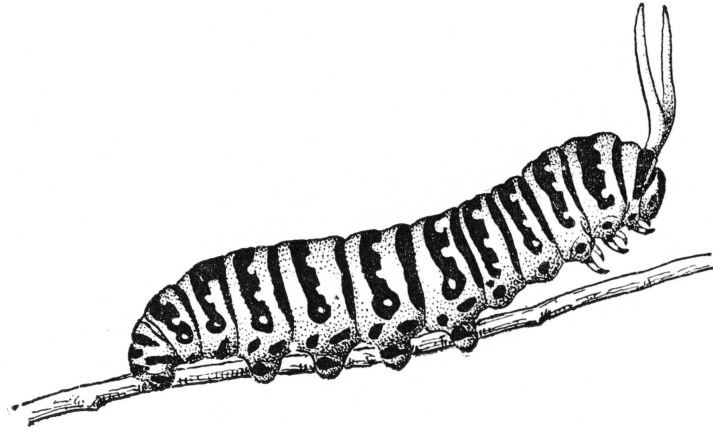
© Carlos Reeves, ALM.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Dedico esta obra a mis padres y hermanos que me apoyaron durante el proceso, y a quienes leyeron esta historia: mi abuela Coco, mi prima Carolina, mi tía Jenny, mis amigos Josué, Julio, Miguel y Roberto.

Exploración de un Planeta Solitario

Carlos A. Reeves



EPISODIO 1

Danaus Plexippus

Capítulo 2

Revoloteo en la Colina

Una vez existió un bosque de oyamel en las montañas, las copas de los árboles se extendían con frondosas ramas y sus finas hojas oscilaban envueltas por el amanecer.

Listones de luz se abrían paso en el follaje y relucían en las mariposas anaranjadas que revoloteaban en la arboleda. Habían despertado de su largo sueño y descendían por la colina atraídas por el aroma en la corriente. El ulular del viento zigzagueaba en los árboles hasta alcanzar un prado en el valle, y con suaves oleadas acariciaba la hierba moteada por flores rojas de coronas amarillas. En ese lugar las mariposas llegaban planeando desde la cima, se posaban en las ventinunillas y comían de ellas. La brisa separaba las sedosas fibras de sus frutos y flotaban con semillas en el cielo.

Ahora en ese mismo lugar, el sol arde en los árboles petrificados que todavía están de pie, sus troncos negros como el carbón irradian el calor en su interior. Retorcidos por los siglos se resisten a caer en la pila junto a sus hermanos vencidos.

Tres hombres siguen la brecha que serpentea el bosque de piedra, sus lentes reflejan la luz creando destellos visibles desde un valle.

Un niño escarba en el suelo en cuclillas y con una pequeña pala guarda la tierra en su bolso; descubre a los caminantes bajar de la montaña con las túnicas que los protege de la radiación solar.

Con rostros marchitos y empapados de un sudor que no cesa de gotear, se dirigen a un refugio en el valle con la entrada iluminada. Uno se detiene en lo alto de una roca, ve caer el sol al otro lado de la sierra y formar un resplandor delineando la escarpada silueta.

—¡Eh, date prisa! —dice el de adelante.

Su compañero tropieza al bajar cayendo de cara en los troncos, se apresuran a ayudarlo y una pequeña llama azafrán les obstruye el paso. Flota frente a ellos y murmura una melodía, intentan acercarse, pero la flama comienza a agitarse y estalla en un fuerte torbellino, levanta una densa pared de tierra y los atrapa; son acorralados por un sigiloso revoloteo, confundidos intentan huir de la fuerza que los arrastra al interior de la tormenta. Entonces escuchan un bramido a su alrededor que los paraliza, hay silencio y solo queda el susurro de los granos de arena en el torrente. Un chiflido penetra sus oídos y se disuelve en una onda grave; una criatura los observa desde las paredes del remolino, su cuerpo emana

una bruma azafrán con centellas que revientan en la corriente. La criatura se arroja contra ellos y dispersa la arena con sus alas. El hombre que había caído escucha los gritos de sus compañeros.

El niño ve a la criatura elevar los cuerpos como si colgaran de ella, se agitan con violencia por los chispazos que les insufla y los fulmina con una ráfaga de centellas. Asustado huye por un ducto de ventilación a un costado del refugio.

La criatura se disipa en miles de cenizas que revolotean en el aire y antes de que escapen son consumidas por la flama que las creó.

Capítulo 3

Exploración de un Planeta Solitario

A la orilla de un lago Maanen pestañea arrullada con el rumor del oleaje, descansa debajo de un árbol rodeada de tulipanes, recostada en el largo cabello escucha las hojas sonajear con el viento; respira el fresco aroma del bosque mientras siente el juego de sombras en el rostro y suspira al cerrar los ojos rasgados.

Su cuerpo flota en la oscuridad, no puede ver más allá de sus brazos y nada que la guíe, comienza a descender hasta apoyar los pies. Un punto radiante aparece desde la profundidad del espacio dejando una estela turquesa al volar. La luz se detiene frente a ella, revolotea un instante a su lado, Maanen le ofrece la mano y el brillo aterriza en la punta de sus dedos.

—Maanen —llama una mujer—, ¿puedes venir?

Maanen despierta con un bostezo, modorra estira los brazos y frota sus gruesas pestañas. El vago recuerdo del sueño regresa y contempla la mano donde la luz se detuvo.

—Responde, sé que estás ahí. —La voz proviene de los alrededores.

—Ya oí. —Respinga examinando los dedos a la altura del rostro. A través de ellos reconoce la estructura del domo de cristal que la separa de la tormenta en el cielo y la tierra

—Genial, ven al laboratorio.

Maanen se levanta perezosa de la hierba, vuelve a estirarse de pies a cabeza y somnolienta camina en el bosque. Las aves vuelan debajo del techo de vidrios hexagonales al oír los pasos, una ardilla en el sendero come su nuez parada en la carcasa de una lámpara, y una pareja de zorros asoman las orejas desde su madriguera.

Maanen vive en un complejo de edificios contruidos en la cavidad de un cañón, rodeados por una muralla de barrancos que los protegen del desierto y proveen el espacio suficiente para mantener el balance de la biósfera.

Durante años la organización CIBELES ha dedicado sus investigaciones a la restauración de la naturaleza del planeta. El complejo CIBELES-M9 es uno de los pocos lugares con la tecnología para generar ecosistemas

naturales. La serie de bóvedas de cristal que conforman la biósfera se extienden por todo el cañón; y es operado por un pequeño número de especialistas responsables de su funcionamiento.

Aegis, una mujer de apariencia serena lee un reporte en la tableta después de hablar con Maanen. La información describe el avistamiento de una especie extinta que ha vuelto a manifestarse en el planeta, no es como aquellas que habitan en CIBELES-M9 o las que se describen en los archivos de la naturaleza, sino que es distinta a la que existió alguna vez en la tierra. Concentrada en los detalles Aegis observa la ubicación en el mapa en donde se originó el incidente, dirige las gruesas pestañas al escritorio atraída por una risa espontánea; se trata de Atis, uno de los directores a cargo de la biósfera y está sentado frente los monitores del ordenador.

Hace unos días Atis obtuvo una especie nueva en la última exploración, y desde entonces ha pasado horas sin despegarse de la máquina. Analiza las células del espécimen en el microscopio y estudia los archivos de animales marinos. La mayoría de la información es incompleta y requiere navegar en los datos de especies desconocidas. Los archivos pueden contener cualquier cosa: datos en la red, fotografías, páginas de libros o descubrimientos en excavaciones. A pesar de sus conocimientos en Naturaleza Antigua, las ciencias biológicas son algo parecido a la arqueología, solo el estudio de los restos materiales y textos son la forma de revelar el pasado del planeta. Los lentes reflejan aquellos documentos que investiga en los monitores, detiene su búsqueda en un archivo y no muy seguro lo compara con los anteriores. Entonces con una relajada sonrisa se llena de alivio y arrebatada la atención de su compañera.

—¿Lo encontraste? —Aegis se acerca al escritorio abrazando la tableta.

Atis recarga la nuca en las manos, da la vuelta y descubre los ojos reflexivos de su colega debajo del flequillo.

Maanen tararea saltando en el camino cuando entra al laboratorio y se congela al encontrarlos.

—Maanen, acércate a ver esto. —Atis reacciona y regresa a los monitores.

—¿Qué fue eso? —pregunta Maanen.

Los dos adultos intercambian miradas por un instante.

—¿De qué hablas? —Aegis voltea hacia la joven fingiendo que no la ha comprendido. Arrima una silla a lado de Atis y espera a que Maanen tome

asiento.

—¡Esto! —Maanen imita los gestos que descubrió en ellos—. Los sorprendí como si ambos se vieran en el espejo.

El rostro de Aegis enrojece ante la jeta burlona de Maanen, respira profundo y logra conservar la calma. —Atis identificó la especie que encontramos en la ciudad del norte.

—¿En verdad?!

—Cierto, así que deja de jugar y ven acá. —Atis da unas palmadas en la almohadilla del asiento.

Maanen se apresura y de un salto sube a la silla dando un giro al caer, entonces observa las muestras en las pantallas. Atis contempla el vivo color verde en los iris de la joven difuminados en un azul profundo, le recuerdan a la fotografía de una isla en medio del mar que alguna vez vio en los archivos del planeta extinto.

—¿Qué es? —Pregunta haciendo giros en la silla.

—Son las células de un pez —responde Atis.

Maanen le clava la mirada. —Ya lo sé —rezonga meneando la cabeza—, ¿pero... qué especie es?

—Es un Exocoetidae. —Señala las pantallas de la computadora—. Mira sus aletas, son más largas que la de otros peces.

Maanen examina la imagen. —¡Oh! Esas son sus alas —dice sorprendida.

—¿Alas? —Atis suelta una carcajada.

—Sí, los vi volar. —Maanen indaga en su memoria—. Bueno, no volaban como las aves, más bien eran saltos largos que hacían fuera del agua y luego volvían a entrar. —Surge un brillo en sus ojos verdiazules—. ¿Podré verlos pronto?

—Tendrás que esperar. —Atis se inclina hacia ella—. Esta especie necesita mucho espacio para vivir y ninguno de nuestros estanques es apropiado —y aclara meneando la cabeza—, además tenemos que purificar toneladas de agua.

Maanen hace una mueca y vuelve a los monitores.

—Me comunicaré con CIBELES-M30. —Aegis apunta en la agenda y

añade—: Para criarlos en la biosfera del océano.

—Pero eso puede tardar meses. —Maanen se recuesta sobre sus brazos en el escritorio—. Es esperar, esperar y esperar, y cuando ya es tiempo, algo pasa y volvemos a esperar —dice con una cantaleta—. ¡Aaah, trágame tierra!

Aegis toma aire paseando los ojos de un lado al otro y niega con la cabeza, a la vez Atis se inclina y curioso examina a la joven, y con un gesto pregunta a su colega: “¿Qué pasa con ella?”.

—Pero supongo que disfrutaste la playa... —Atis trata de animarla y busca los ojos de Maanen—. ¿Cierto?

—¡No! —Levanta la cabeza—. Tus peces alados me trajeron de aquí para allá.

Derrotado Atis se tumba en la silla.

—¡Vaya! No pensamos que la pasaras tan mal. —Aegis se acerca con la firme intención de escuchar a Maanen—. Yo me divertía mucho cuando tenía tu edad.

—Para nada. —Esconde el rostro—. Solo es más arena y agua salada, además las playas tenían esa cosa roja.

—¿Te refieres a la marea roja? —Se asoma Atis.

—Sí, eso dije.

—Lo sentimos amor, te prometo que estaremos más atentos a lo que sientes. —Se dirige a Atis que tiene la mirada inmersa en el pez volador—. ¿No es así?

—Sí claro —responde—, estaremos... —Indaga en los ojos de su compañera.

—Más atentos —repite Aegis.

—Aja, atentos —Atis sonríe confiado.

—A los sentimientos de Maanen —recalca el tono de voz.

—Sí, a mis sentimientos. —Frunce el ceño.

—¡Claro!, estamos muy orgullosos de ti. —Atis apoya la mano en la

cabeza de la joven—. ¡Eres la mejor! —Le sacude el cabello negro.

—¡Oye! —Maanen sonríe.

Aegis nota el aspecto desarreglado de Maanen y disgustada por despeinar a la niña lo mira de reojo; deja la tableta y se acucilla frente a ella. —Eres muy valiente, solo tú logras algo tan increíble. —Peina el fleco y le acomoda un mechón detrás de la oreja—. Si Atis y yo pudiéramos hacer lo mismo que tú, jamás te lo pediríamos.

Maanen contempla el rostro de Aegis que da los últimos toques a su cabello.

—Tenemos información de una nueva especie. —Interrumpe Atis mostrando la tableta.

—¿Otro «Viraje»? —dice sacada de ese amoroso instante y hace un aspaviento.

—¿No podías esperar? —Reclama Aegis y cruza los brazos.

—Por supuesto que no —responde emocionado—, tenemos que ir.

—Pero si apenas han pasado un par de días desde que regresamos.

—Maanen gira el asiento y les da la espalda. Solo ven la cabeza sobre el respaldo. —No quiero volver a salir.

—Regresaremos pronto. —Aegis se asoma por el respaldo.

—¿Podemos ir mañana? Luego de descansar tendré energías para continuar.

—Debemos ir, dos personas han desaparecido a causa del viraje

—responde Aegis con aire severo—, hay que ayudar a los refugiados y salvar la especie que habita en él.

Maanen está de brazos cruzados y tamborilea los dedos al ritmo de su frustración; un primer pensamiento le recuerda lo fatigada que está desde la exploración pasada, apenas comenzaba a relajarse y ahora se entera que volverá a salir. Después le aborda otro contradiciendo al anterior, sabe que cuando aparece un viraje no hay opción más que acudir; reflexiona un instante y de pronto le viene una idea que detiene aquel tamborileo. Gira el asiento con rostro juguetón sorprendiéndolos con su cambio de humor.

—¡Va!, pero esta vez quiero ir sola —esboza una sonrisa felina—. Eso me

hará sentir muy bien.

—¿Qué? ¡Olvídalo! —dice Aegis—. Allá a fuera es peligroso, debemos cuidarte y cumplir la misión.

—Es cierto. —Atis se levanta de su lugar—. Solo tú puedes apaciguar a los virajes, sin embargo, muchos son difíciles de tratar, debemos trabajar juntos.

—Atis y yo enfrentamos virajes muy peligrosos, sé que sin ti nuestros avances no serían lo mismo. —Aegis toma las manos de Maanen que reposan en su regazo y las besa—. Pero debemos ser precavidos. —Dice con una mirada tierna y firme.

—No es que no quiera estar con ustedes —dice desalentada—, solo por esta vez deseo tener el control de la exploración y tomar mis propias decisiones.

Aegis se levanta y observa a Atis con la misma preocupación que encuentra en él, jamás esperaron en considerar la promesa que le han hecho momentos antes.

—Bien, puedes ir por tu cuenta... —dice Aegis. Maanen salta de la silla emocionada—. Pero con la condición de que cuando llegues, escucha bien Maanen. —Aegis llama la atención de la joven que no puede con su alegría, y una vez que se tranquiliza continúa—: Antes de cualquier cosa, esperarás a que lleguemos, ¿está claro?

Maanen asiente con la cabeza conteniendo la emoción.

—¿Lo prometes?

—Sí, lo prometo. —De un salto la abraza y sale corriendo hacia la puerta.

—¡Oye! —Grita Atis con los brazos extendidos y hace un puchero.

Maanen regresa, lo abraza y vuelve corriendo a su camino. —¡Gracias!
—Sale de la habitación.

En el vestidor Maanen abre el casillero y se cambia la ropa por un traje diseñado para el clima exterior. Aegis le ayuda a terminar de ajustar el cierre, asegura los broches de las botas y en seguida destapa un recipiente de crema, la unta en las morenas mejillas de Maanen y la esparce formando muecas en el rostro. Maanen se pone los guantes, carga la mochila en la espalda y toma el casco del casillero, y camina al final del pasillo en dirección al elevador; las puertas se abren y espera a

Aegis que empuja el carro de provisiones.

Descienden al hangar donde hay varios transportes estacionados, Aegis abre la cajuela en uno de los vehículos y equipa los suministros. Maanen aborda, los monitores se encienden en automático y se proyectan en el tablero, aparece el mapa de navegación con indicadores meteorológicos del planeta, sensores que analizan el terreno y referencias para la exploración.

—Cuando llegues al refugio comunícate de inmediato y espera nuestra llegada. —Aegis abrocha los cinturones—. Ten cuidado.

—Siempre, siempre —sonríe.

—... —la abraza—, casi siempre. —Y besa su mejilla.

Maanen prueba la radio:

—Oye olla □.

—Oye oye □ —responde Atis—. Mis mejores deseos pequeña.

Mannen libera una tierna carcajada. —¡Todo listo! —Levanta el pulgar hacia con Aegis, se pone el casco y sujeta los controles.

—Estamos en comunicación. —Aegis cierra la puerta del vehículo y da la señal a los operadores en la sala de control.

La gruesa puerta de acero rechina con la fricción de los metales, una fina línea incandescente traspasa la abertura, y la calurosa ráfaga de arena invade el hangar. Los motores se encienden con un fuerte zumbido, el vehículo se agita en el momento que acelera por la pista y parte al desierto lejos de la biósfera CIBELES-M9.

Este es el mundo, un recuerdo agonizante de los antepasados para las nuevas generaciones. Ahora un puñado de humanos se refugian de un planeta que parece determinado a extinguirlos de la superficie. La humanidad consumió y destruyó la vida, cortó su lazo como parte de la naturaleza, y transformó su existencia en una insostenible lucha por la supervivencia.

Capítulo 4

La Physiologa

Un rastro de polvo se levanta en el horizonte, los neumáticos marcan sus huellas en la agrietada tierra del desierto. Maanen conduce en las ruinas de una ciudad cercana a CIBELES-M9, los edificios inclinados se resisten en caer y trozos carcomidos de concreto emergen del suelo. A lo lejos una estructura oxidada se confunde por una montaña, todavía conserva los cañones que desde el cielo llegaron a disparar. Los agujeros en el fuselaje muestran el impacto de los proyectiles que la derribaron y pedazos de hierro retorcido quedaron dispersos al estrellarse. Horas después cruza entre dos torres sepultadas que conservan las cruces en las puntas, continúa por los cimientos de un muelle y entra a las arenas de lo que fue un lago.

La computadora lanza la alerta meteorológica. Maanen mira por la ventana y transmite por la radio: —Se aproxima una tormenta.

—La vemos —responde Atis—. Si pierdes visibilidad, sigue tu curso con el GPS.

La tormenta de arena avanza en el lago y se levanta con fuerza hasta alcanzar las nubes.

—¿Podré cruzarla?

—Tienes que pasar lo más pronto posible antes de que empeore —dice Aegis—, cuídate de los escombros.

—Tranquila, puedes con ella —dice Atis.

Las tormentas de arena no son un riesgo para las biósferas CIBELES, sin embargo, la mayoría de la humanidad sobrevive en refugios construidos bajo tierra, evitando los embates del clima y la radiación solar. El vehículo está fabricado para soportar tormentas de baja magnitud, pero son tan impredecibles que pueden convertirse en grandes destructoras arrastrando todo a su paso. Maanen es alcanzada por el muro de arena, pero una pantalla le muestra el mapa tridimensional del terreno y maniobra el volante evitando los escombros que a veces pegan en el vehículo. Suena la alarma, un objeto está por impactar.

—¡Cuidado! —grita Aegis.

Maanen tuerce los controles y gira con rapidez, tan solo libra el grueso de una estructura metálica cuando un borde golpea el armazón y sacude el vehículo. Los fierros se alejan girando sin rumbo.

Maanen sale de la tormenta y se estaciona cerca de un risco, suelta el volante y retira su casco.

—Uuuf, lo logré. —Recarga la cabeza en el respaldo—. Estoy bien.

—Ssss...

—¿Me escuchan?... —Revisa el comunicador en su oreja y los controles del tablero. —¿Atis, Aegis?

—...Ssss.

Maanen baja del vehículo, de inmediato se coloca las gafas protectoras, cubre su cuerpo con una túnica y la cabeza con la capucha, solo su rostro, protegido por la crema bloqueadora, queda expuesto. Se asoma al techo y descubre que el impacto arruinó la antena de comunicación.

—¡Rayos! —Regresa al interior del vehículo y busca entre sus cosas, de la mochila saca una tableta —¿Dónde estoy...? —Revisa el mapa, camina al borde del risco y observa la ruta con los binoculares—. Ya me las arreglaré. —y bebe de la cantimplora.

Frente a ella un terreno de rocas y cavernas se extiende a lo largo del desierto y la nítida bruma del planeta cae como una cortina en las montañas. En el cielo está la luna en cuarto menguante y, por su cercanía a la tierra, una construcción se asoma desde la sombra.

—Aquí no veo ningún refugio. —Verifica el mapa y parece indicar que la ubicación es correcta—. Espero que ese golpe no haya dañado el GPS.

Escucha una voz en el viento provenir de una silueta en el desierto, con los binoculares descubre a una persona que le hace señales y entiende que son de auxilio.

Maanen llega con una mujer vestida de túnica y lentes, había pasado demasiado tiempo en la resolana y la piel de su rostro comenzaba a descrapelarse.

—Ayuda, mi hijo... —Se acerca a la ventana—. Está herido.

Sigue a la mujer a una de las cavernas donde un niño está tirado en el fondo. Maanen va a la cajuela del auto, saca un arnés y se amarra en el cabrestante de la defensa, apoya los pies en el borde del agujero y en posición, con la espalda al vacío, enciende el cabrestante y baja por el

muro de piedra.

—Aguanta, ya casi llego. —Da un salto sobre las rocas balanceándose lejos de ellas. Al llegar con él descubre las quemaduras en el rostro—. Mírate nada más, tu piel está muy lastimada, ¿cuánto tiempo tienes aquí?

—Tengo sed. —Dice el niño con un ahogado jadeo.

—¿Cómo está!? —grita la madre del niño.

—¡Está deshidratado! —Maanen abre la cantimplora, levanta la cabeza del niño y le da de beber. —Vas a estar bien.

El niño nota el delicioso sabor del agua y se la toma a tragos.

—Con calma, te vas a atragantar. —Maanen retira la cantimplora.

—Es la primera vez que pruebo agua tan rica —dice recuperando el aliento—, no tiene esa suciedad que dejan las purificadoras.

—Sí, ya vi que te gustó. —carcajea.

Maanen da un vistazo a la entrada de la cueva y silba imaginando la caída, al llegar a los ojos del niño, hizo saltar sus cejas y espontáneamente también las orejas. —¡Pum! Pero que caída —sonríe—, por poco y no la cuentas. —Examina el pie del niño—. ¿Cómo terminaste aquí?

El niño aprieta los labios y desvía la mirada evitando hablar; Maanen atiende la lesión sin esperar una respuesta inmediata. Él siente como las manos lo tocan con suavidad y alivian el dolor, observa el rostro de Maanen concentrada al poner las vendas, y es atraído por sus ojos radiantes.

—Vi una luz brotar de la tierra, y quise ver que era...

Maanen deja de vendar. —¿Qué tipo de luz?

—Era una muy hermosa, parecida a una flama.

—¿Era un brillo azafrán? —Pregunta tan pronto cae en cuenta. —Así como naranja.

—¿Cómo lo sabes? —dice boquiabierto—, ¿la has visto?

Maanen asiente con la mirada fija. —Dime qué pasó.

—Al principio era una flama azafrán, pero al tocarla...

—¡Qué, ¿cómo que la tocaste?!

—Sí, se hizo color turquesa y luego cambió en una flor. —El niño busca en su túnica. —Cuando la quise desenterrar, el suelo se vino abajo. —De la manga saca una flor de pétalos rojos con coronas amarillas.

Maanen sabe que él ha presenciado algo que ella conoce muy bien: «¿Cómo pudo tocarla?», se pregunta. Ve sus manos y las compara con las del niño. —¿Cuál es tu nombre? —Continúa con las curaciones y abre un envase de crema.

—Vega...¡Ah! —Exclama al sentir el medicamento en su rostro—. ¿Y tú?

Un chillido surge de la profundidad de la cueva y el suelo empieza a vibrar. Maanen sospecha lo que se avecina, asegura a Vega en el arnés y lo hace subir con el cabrestante hasta que su madre logra abrazarlo.

Un insecto gigante aparece de la oscuridad del túnel y se apresura a ella, las mandíbulas llenas de baba chasquean al abrir y cerrar. El arnés cae a espaldas de la joven.

—¡Rápido sube! —gritan.

Ven a Maanen quedarse de cara al insecto, inmóvil ante una embestida segura.

—¡Qué esperas! —gritó la mujer.

La madre cubre los ojos de su hijo y aparta la vista, solo les queda soportar los gritos que van a resonar en el fondo, pero en su lugar hay un silencio.

El insecto se detuvo frente a Maanen, su exosqueleto es iluminado por los rayos deslumbrantes que entran a la cueva y con las antenas olfatea a la joven. Ella cierra los ojos sintiendo los toqueteos en el cuerpo, respira con tranquilidad y retira el guante de la mano. El insecto mira arriba y descubre la planta en manos de Vega, libera un chillido y se arroja contra él, Maanen se hace un lado y deja que trepe las rocas, rápido toca la coraza con la palma y un delicado halo emana de los dedos y el insecto cae a sus pies, aturdido se levanta con pasos torpes. Inmersa en sus pensamientos no pierde de vista aquella criatura que da la vuelta y regresa a la oscuridad del túnel.

Maanen pone una mano fuera de la cueva y estira el brazo, la mujer le

ayuda a subir hasta quedar lejos del agujero.

—¿Qué fue lo que hiciste? —Pregunta Vega apoyado del brazo de su madre.

Mannen se levanta, sacude la suciedad en las ropas. —Solo le di un empujoncito y se cayó. —Con gracia simula la acción con los dedos—. Eso la dejará atontada un tiempo sin que traiga a las demás.

—Soy Marís. —dice la madre, extiende la mano y saluda a Maanen—. Tu eres la «Physiologa» ¿no es así?

—Sí, mi nombre es... —La ojea con sospecha—. ¿Cómo sabe quién soy?

—Somos del refugio que pidió tu ayuda, nos ofrecimos a guiarte.

—¿Qué refugio? No lo veo por ningún lado.

—Está oculto en el valle de aquella sierra. —Señala hacia las montañas—. No es sencillo llegar ahí por eso dimos este lugar como punto de encuentro.

Mannen ve el largo camino en aquella dirección —¿iCaminaron todo eso sin transporte!?

—¿Cómo crees? —dice Marís sorprendida y agrega—: Solo tenemos un vehículo en el refugio y el conductor volverá por nosotros, aunque ya no será necesario. —Toma a su hijo de los hombros—. Además, Vega tenía ganas de conocerte e insistió en que viniéramos. —Busca el rostro del niño—. ¿Verdad?

—Más o menos. —responde Vega con un ligero cabeceo.

Con las manos en la cintura Maanen sigue con la mirada en las montañas.

—¿Cuál es tu nombre? —Vega titubea.

Ella da un giro que parecía haber ensayado. —Soy Maanen, exploradora del desierto y physiologa de especies—. Hace una educada reverencia y dos listones de cabello se balancean de la capucha.

Capítulo 5

La Especie Errante

El vehículo llega a la entrada de un refugio, la estructura de forma rectangular sobresale del suelo y en los muros tiene el número de identificación: M5-1980. La entrada está construida sobre una explanada de concreto con cristales polarizados que iluminan el interior. Las compuertas rechinan al abrirse, el vehículo desciende en el túnel decorado con la luz que entra por los tragaluces, pasa por la plaza central y se detiene en una de las casas.

Los refugiados se asoman en las ventanas atraídos por el ruido del motor y ven a Marís ayudando a su hijo a caminar, pero no alcanzan a distinguir a la otra persona que viene con ellos. En cuanto los ven entrar a la casa, salen a preguntarse si es la persona que esperan.

En el interior Maanen desenrolla un edredón junto a la mesa y ahí Marís recuesta a Vega.

—Iré por el médico. —Dice Marís apresurándose a la puerta.

Maanen se arrodilla en un cojín sentada en los talones, la espalda bien derecha con las palmas en el regazo y en el rostro esboza una sonrisa felina. Por otro lado, Vega tiene los ojos en el techo con mirada nerviosa, hay algo raro en esa chica que en cada parpadeo parece examinarlo.

La vivienda es pequeña y sin habitaciones, es una sala circular de paredes corredizas con armarios detrás de ellas, la cocina está ubicada en un recoveco junto a la entrada, en el centro hay una mesa de madera bajita y cuadrada con cojines en cada uno de sus lados. En el techo está el tragaluz que ilumina la habitación y junto a la pared hay unas macetas armadas de material reciclado.

Enfrascada en su curiosidad Maanen es dominada por una emoción que le hace saltar el corazón, en su mente gira la imagen de Vega tocando la flama azafrán y, como en toda fantasía, fue creando una serie de sucesos a partir de ese momento. Una cálida corriente invade su vientre hasta la cabeza y se sonroja.

Vega intenta levantarse, Maanen lo toma de la mano hasta que logra

quedar sentado.

—Me puedes pasar aquel bote. —Señala Vega las macetas.

Adentro de ellas Maanen encuentra retoños que comienzan a brotar de la tierra y descubre que están acomodados para recibir la luz del día.

—Son las semillas que rescaté. No fue sencillo pero logré traerlas.

—¿Por qué tuviste que rescatarlas? —Pregunta sin apartar la vista de los retoños.

—Fueron las únicas que sobrevivieron al desastre del invernadero.

—Agacha la vista hacia su planta—. Siento que debo hacer algo para cuidar de ellas. No quiero que desaparezcan como las otras especies.

Maanen acaricia una de las diminutas hojas. —¿Qué sucedió en el invernadero? —Le entrega el bote y vuelve a sentarse cuidando la postura.

Vega escarba en la tierra, luego se detiene y levanta la mirada hacia el tragaluz:

«Sucedió cuando supe que los agricultores volvieron alarmados de las cosechas, dijeron que el invernadero estaba destruido y el doctor envió un grupo de hombres a investigar. Casi era de noche cuando escuchamos las compuertas abrirse y solo entró uno de ellos. Era Nahú que caminó por la calle a punto de desmayarse, su cara estaba paralizada con los ojos perdidos, se detuvo en la plaza y cayó al suelo. El doctor lo atendió y después nos dijo lo que escuchó de él.

“Regresábamos por la colina cuando emergió una cortina de arena, apareció un fantasma que los mató... ¡Los hizo polvo!”

Era difícil de creer para los demás, pero yo lo vi es real. No tenemos permitido salir del refugio sin autorización del doctor, así que mejor me quedé callado. El invernadero es nuestra única fuente de alimento y agua, aquí tenemos reservas, pero no sobreviviremos el próximo año. Todos tienen miedo de subir a rescatar algo de la cosecha y aunque quisieran el doctor ordenó sellar la compuerta. Pensé que tal vez podía ir y salvar algunas semillas para mis macetas.

Esa noche esperé a que mamá se durmiera y me dirigí a la compuerta, salí por el ducto de ventilación y subí la colina cuidándome del fantasma, usé las piedras como escondite al escabullirme hacia el invernadero, cuando llegué me di cuenta de que fue peor de lo que dijeron. Los cristales del domo estaban todos destruidos, las vigas quedaron negras por el fuego y en los cultivos solo quedaron cenizas, y el viento se encargó

de cubrir todo con arena.

Me dirigí al almacén en busca de las semillas, que era un desastre de fierros apilados y los recipientes que encontré estaban arruinados, removí los escombros y debajo de una lámina vi unas cuantas semillas que se habían salvado. Las envolví en mi túnica y cuando me levanté descubrí un brillo anaranjado que flotaba en el techo, no se movía, solo estaba ahí como si me tuviera en la mira, por un momento pensé que atacaría, así que retrocedí evitando de no provocarlo, y una vez afuera volví a casa por el bosque petrificado».

Maanen escuchó a Vega sin perder las palabras que salieron de sus labios, no le importó abandonar la gracia que tuvo al sentarse y en cambio está tirada en el suelo con las piernas estiradas.

Vega termina de sembrar la planta, la levanta a la altura del rostro y a través de los pétalos ojea a Maanen a la luz de las persianas.

—Es muy linda, ¿no crees? —susurra a la flor.

Marís entra a la casa seguida por el doctor y Maanen regresa a su postura firme. El doctor toma asiento a un lado de Vega, abre el maletín que trae consigo, con un aparato escanea la lesión del paciente y revisa el vendaje del pie; examina las quemaduras y hace un gesto.

—Todo está muy bien, enviaré a la enfermera para que le ponga una férula. —El doctor voltea sorprendido hacia a Marís—. ¿Cómo lograste tratar las lesiones?

—Maanen atendió sus heridas. —Sonríe en dirección a la joven.

—¿...Maanen?

El doctor entró con tanta prisa que no se percató de que hay otra persona en la casa, gira la calva y en efecto distingue una figura iluminada por la ventana, de pies a cabeza inspecciona el atuendo de Maanen. —¿Ella...? —La ve de reojo.

Maanen se levanta de un salto con los pies bien plantados en el suelo y manos en la cintura. —Soy Maanen, exploradora de...

—Sí ya te vi. —Aparta la mirada y voltea con Marís—. ¿Dónde está la persona que esperamos?

—Doctor, ella es la fisióloga.

—Espera. —Señala a Maanen sobre su hombro—. ¿Me dices que la niña de ropas raras rescató a tu hijo, curó sus heridas y además es la fisióloga?

Marís y Vega afirman a la vez; el doctor observa sus rostros. Maanen permanece callada en el lugar donde le frustraron su presentación y con semblante apagado frota los dedos en su vestimenta.

—Vaya que pasaron demasiado tiempo en el sol, solo es una niña.

Maanen frunce las cejas y enrojece, el latido de su pecho aumenta al mismo tiempo que empuña las manos, un zumbido le invade los oídos y en ese ruido ensordecedor el doctor discute con Marís.

—¿Y eso qué tiene que ver? —reclama Marís— le digo que es ella.

—Es cierto, yo vi como derribó una cosa feroz —agrega Vega.

—Tonterías, los mandé por un profesional y me vienen con esta mocosa.

Maanen da un pisotón —¡Que sí soy! —Y suelta una patada, el maletín se estrella en la pared y los instrumentos del doctor vuelan por la casa.

Afuera los refugiados atentos a la discusión se sobresaltan al escuchar el golpe que silenció la discusión. El doctor sale enfurecido con el maletín a medio cerrar agarrando los pedazos de su equipo y tira algunos en el camino, se detiene recogerlos cuando la multitud se le acerca.

—¿No es el investigador que vino a ayudarnos doctor? —pregunta un habitante.

—Nos han tomado el pelo. —Voltea a la casa—. Sólo es una chiquilla malcriada.

Un viejo se abre paso entre la gente. —¡Se los dije son puros inventos!

—Inventos, ¿de qué hablas anciano? —reclama un joven—. El invernadero fue destruido y dos personas murieron, algo extraño está pasando.

—¿Qué comeremos si no podemos ir a cosechar? —Dice una mujer y cae de rodillas—. ¿Qué haremos sin agua limpia?, moriremos aquí atrapados.

—Vayan de nuevo a la ciudad por ayuda. —Dice una persona oculta en el montón.

—¿Y qué se rían en nuestras caras?

—Los únicos que nos escucharon han mandado a una niña —el joven reflexiona—, ¿por qué la enviaron?

—Ahora estamos por nuestra cuenta.

—Es culpa de Nahú.

—¡Estás loco! —grita el joven—, él no tiene nada que ver.

—Tú fuiste el que nos convenció de contactar a esta gente —reclama otro al joven.

Una señora llora con las manos en el rostro. —La criatura mató a mi hijo, estoy sola, ¡vivo lo quiero! —Y cae de rodillas.

—Nos han engañado.

—Todo esto es su culpa doctor. —Dice la persona que se esconde.

—¿Quién dijo eso? — El doctor busca en la chusma—. ¡Da la cara!
—Recorre cada uno de los rostros que le observan—. ¡Escuchen bien, todos votamos! CIBELES nos ha fallado, es algo que no está en nuestras manos, dejen de buscar culpables, ¡tomamos la decisión y todos somos responsables de ella!

—¿Entonces qué hacemos doctor?

—Regresen a casa y descansen—. Pasa entre la muchedumbre y se aleja con un peso en los hombros.

—¿Eso es todo, nos vamos a quedar así?

—Es un cobarde—. Comenta la voz oculta.

—¡Cállate! —Grita la chusma dirigiéndose a esa persona.

La madre que llora a su hijo se levanta y con firmes pasos se dirige a ella, le suelta una bofetada que le sacude todo el rostro y cae arrojando un ahogado pujido. Esto fue suficiente para calmar los ánimos de los refugiados y dejándola ahí tirada regresan a sus hogares.

Capítulo 6

El Viraje de las Especies

Los cristales se agitan con el viento del desierto, los marcos deteriorados en los tragaluces proyectan una malla de sombras en la calzada del refugio.

Ha pasado tiempo desde que el doctor se fue. Maanen sigue sentada frente a la ventana sin decir nada contemplando la taza de té que Marís le preparó. Escucha la voz del doctor bambolear en la cabeza, arruga su falda con las manos y lucha contra la fuerza que la inmoviliza.

Dos hojas de hierbabuena giran en el remolino de la taza, sueltan la esencia de su aroma y separadas una de la otra tratan de alcanzarse. En esa ansiosa búsqueda recuerda a Aegis entrando a su habitación en pijama con un viejo libro impreso, sube a la cama junto a ella y se envuelven en la cobija. Maanen escucha las historias que tanto le gustan, arrullada por la armoniosa voz de Aegis y los remolinos que le hace en el cabello se acurruca en el seno blanquecino de la narradora y cierra los ojos. También le viene la imagen de Atis metido siempre en sus investigaciones, Maanen se acerca sin hacer ruido y le toca el hombro para luego esconderse; Atis la busca a su alrededor y en el momento que la descubre lo sorprende lanzándose sobre él. Atis la toma en brazos y la sienta en su regazo, ahí le muestra lo que está estudiando y le explica los descubrimientos.

El remolino comienza a desvanecerse y la distancia entre las hojas es más corta hasta que por fin se reúnen realizando una danza en la taza. Maanen sonríe en el reflejo de la bebida y se anima a dar un sorbo a su té.

La enfermera termina de ajustar la férula de Vega y le ayuda a ponerse de pie.

—Mira mamá ya puedo caminar. —Dice Vega apoyado en las muletas—. Voy a buscar material para el invernadero de mi flor.

—No irás a ningún lado. —Se interpone Marís, Vega levanta la mirada y ve el serio rostro de su madre.

—Tienes que esperar a que sanes. —Dijo la enfermera guardando sus cosas.

—Pero mi planta morirá si no le construyo uno.

—No tienes que ir lejos de casa. —Maanen deja la taza en la mesa y se acerca a él—. Yo te ayudo.

—¿En serio?

—Sí, tengo algo para ti. —Maanen sale de la casa acompañada de Vega.

Marís se despide de la enfermera al pie de la puerta y encuentra a los dos jovencitos arrodillados en el cobertizo, entre ellos hay un aparato con cubierta de cristal y partes electrónicas. Vega siembra la planta dentro de aquel recipiente, Maanen toma un paquete de tierra del maletín y la vierte en el interior, la riegan con agua de un cilindro y en la etiqueta dice: «100% H₂O».

—¡Mira Mamá! —Vega cierra el recipiente—. Maanen me regaló una maceta portátil para cuidar de mi planta.

Marís se sienta con ellos y observa aquella maceta muy diferente a las que Vega tiene en casa.

—Escuché de un hombre que vio a la criatura —dice Maanen.

—Sí, se llama Nahú —responde Marís.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

Marís reconoce el tono serio de la pregunta y desviando la mirada de Maanen señala con la cabeza —Vive en aquella casa.

Maanen va al vehículo, prepara su mochila y poniéndose la túnica sigue a Marís. Mientras tanto Vega las observa dirigirse a la casa de Nahú.

Cuadros de luz formados por los tragaluces se desplazan en la calzada y suavemente desaparecen al caer el sol.

Las luces del refugio se encienden cuando las dos mujeres llegan a la entrada, Marís toca a la puerta y esperan. Vuelve a intentar y sin tener respuesta llama con más fuerza, finalmente se abre y se asoman los ojos de una niña, encandilada apenas distingue a las visitantes.

—¿Qué quieren? —Dice de mala gana.

—Hola Atzin, lamento despertarte...

—¡No dormía! —Atzin hace un aspaviento y acomoda su cabello.

Marís ojea a su acompañante desconcertada, Maanen hace saltar las cejas con una mueca.

—¿Podemos hablar con tu padre?

—Sí, digo... —Atzin sacude la cabeza—. ¡No!, él no quiere hablar.

—La persona que vino ayudarnos con el fantasma quiere conocerlo.

—Insiste Marís acostumbrada al carácter de la jovencita.

Atzin le da a Maanen un desconfiado vistazo de pies a cabeza y de la casa viene una voz en otra lengua, ella voltea y responde.

—¡Nahú tenemos que hablar! —Grita Marís sobre la cabeza de la niña.

Atzin le clava la mirada y azota la puerta.

A través de la puerta Maanen oye el murmullo de Atzin y de Nahú, se percata de una palabra que repiten varias veces y es: «Sikuami».

—¡Ah! —Maanen queda boquiabierta emitiendo un sonido cortado al aspirar y frunce el ceño.

—¿Entiendes su idioma?

—No, pero sé que se refieren a mí, —voltea con Marís —y no me parece. ¿Usted sabe lo que dicen?

—La verdad no. —Marís responde sobresaltada por la reacción de la joven—. Nahú y Atzin son nativos de aquí, su lengua es muy antigua.

—¿Nativos?

—Descienden de una antigua cultura que habitaba este valle, cuando el planeta era verde y azul. —Marís sacude los hombros—. Bueno, eso es lo que él dice.

Los ojos verdiazules de Maanen miraron hacia un recuerdo y la voz de Marís se fue alejando. Ve un terreno poblado por árboles cubiertos por la niebla de la mañana, escucha el trinar de las aves hacer eco en cada rincón junto con los jadeos de un animal que se balancea en las ramas y siente la vibración de los pasos de una manada que avanza en la hierba; al instante el lugar se transforma en el desierto que conoce, y después de un parpadeo regresa.

—Son personas muy reservadas, tienen otras creencias. —Marís se inclina a la altura de Maanen—. Él piensa que se trata de un espíritu que vino a deshacerse de nosotros, solo espero que esté exagerando.

Atzin abre la puerta y las deja pasar, en cuanto entran da un portazo.

Nahú espera apoyado en el respaldo de una silla, parece que va a desfallecer del terror que lo sacude, hace un esfuerzo en levantar la cabeza; las visitantes distinguieron las negras ojeras. La luz del exterior lo ha segado y cuando recupera la vista, ve la mirada de Maanen acentuada en el delicado brillo de la lámpara; los ojos son de un verde radiante que se difumina en un azul profundo. Nahú libera un respiro y dice—: Sīkuami. —Siente como desaparece el miedo que lo atormenta.

—¡No me llames así —da un pisotón—, soy Maanen!

De pronto el silencio invade la casa que nadie se atreve a romper.

—Nahú —dice Marís—, cuéntale a Maanen lo que te sucedió.

Nahú recupera el color de su semblante que Maanen le arrebató, da un respiro cuenta lo que vivió...

Atzin interpreta las palabras de su padre y Maanen escucha la historia.

—¿Qué es «Parakata»? —Pregunta Maanen recordando la palabra que Nahú usó para referirse al fantasma.

Nahú se dirige a un antiguo baúl tallado en oyamel, de ahí toma una figura de madera y camina sosteniéndola, pasa a un lado de Atzin quien tiene los ojos muy abiertos y aunque conoce lo que su padre lleva en las manos, no entiende por qué justo ahora decide mostrarlo. Marís advierte el cuidado con la que Nahú carga aquella pieza labrada, es como si se tratara de lo máspreciado que posee. Finalmente la deposita en las palmas de Maanen.

—Mis ancestros decían que la llegada de Parakata anunciaba la visita de nuestros difuntos —dice Nahú con nostalgia—, y en cada una de ellas estaba el alma de los muertos.

Maanen observa con atención la figura de madera, tiene las alas pintadas de anaranjado y los contornos negros moteados con manchas blancas como en el cuerpo, y en la cabeza se extienden dos antenas.

—¿Y desde entonces Parakata no ha aparecido en la cima de la montaña? —pregunta Maanen.

—Solo atacó aquella vez. —Nahú vuelve a ponerse pálido y tembloroso al recordar aquel día—. Su territorio comienza en el bosque de piedra.

Maanen lanza una mirada aguda a la presencia de Nahú, su respiración es profunda y pesada, sabe porque Parakata está determinada en arremeter contra los refugiados, en el corazón surge un sentimiento abrazador que invade su cuerpo de ansiedad.

Nahú tiembla y busca un lugar lejos de los místicos cristales verdiazules que lo examinan.

Inquieta por la sombría expresión que comienza a dibujarse en el rostro de la joven, Marís rompe el silencio. —¿De dónde vino la criatura?

—Parakata es un espíritu dominado por el miedo. —Responde Maanen con seriedad y camina a la ventana—. Un viraje en la conducta de una especie extinta, seres inestables y hostiles al intuir la presencia del hombre.

—¿Pero por qué a nosotros?

—Los humanos consumieron el planeta hasta acabar con él, solo nos dejaron esta tierra árida. Ahora que «su raza» está al borde de la extinción, la naturaleza tiene la oportunidad de renacer. —Con la punta de los dedos frota sus labios y pensativa encuentra a Vega en el cobertizo—. Volver a existir es el deseo de Parakata. Cada especie regresará y destruirán a la criatura que las orillo a la oscuridad —susurra—. La más inteligente, la más avanzada —Esboza una sonrisa socarrona—. ¡Ja, no del todo!

Sus oyentes se han quedado mudos en torno a ella, el tono de sus palabras los dejó congelados y pareció olvidar que están con ella.

—La montaña debió ser el santuario de Parakata... —Maanen vuelve de sus pensamientos y fija la mirada en Nahú—. Llévame al bosque de piedra.

Nahú voltea a ver a cada una de ellas al escuchar el mandato —¡Para nada! —Tartamudea, pero Atzin logra dar firmeza a las palabras de su padre—. ¿Por qué quieres que vaya?

—Serás la carnada —dice con soltura.

—Ve tú, —responde Nahú —ino sabes lo que vi!

—¡Sí tú eres la importante aquí, ¿no?! —Vocifera Atzin con la misma energía que absorbió al interpretar a su padre.

Marís está paralizada en medio de los tres, de un lado Nahú y Atzin con miradas nerviosas contra Maanen bien plantada de brazos cruzados.

—Yo voy —dice Marís.

—¡No! —Tensa el brazo y apunta con el dedo—. Tú vienes conmigo. —Y se pone los lentes que cuelgan del cuello.

En la explanada del refugio el viraje emana del suelo con su brillo azafrán y avanza al cobertizo.

—¡Otra luz! —dice Vega emocionado—. Eres la misma del invernadero, ¿no es así?

El viraje flota con su melodía alrededor del invernadero de Vega y el espíritu de la planta resplandece con tono turquesa.

Los cristales de la casa revientan con la onda de viento, Maanen es lanzada al piso y una corriente de arena se apodera del interior azotando todo a su paso.

—¡Parakata! —grita Nahú.

Maanen logra ponerse de pie, se asoma al cobertizo y descubre a Vega atrapado en la nube de polvo, salta por la ventana y desaparece en la tormenta.

El aleteo de Parakata merodea el refugio con un bramido, Maanen apenas puede caminar contra la corriente del torbellino. Los gritos aterrados de los refugiados como los ruidos vibrantes de las casas dejan de existir y solo queda aquel murmullo de los granitos de arena. Se desata el chiflido ensordecedor y oscila con profunda resonancia, Parakata aterriza en una centelleante bruma azafranada, su esqueleto es de obsidiana y las alas son falanges afiladas.

Maanen avanza lo suficiente para distinguir la silueta de Vega aferrado a la viga del cobertizo. Al otro lado de la explanada Parakata se aproxima con los ojos fijos en la planta, estira las garras con el deseo de apoderarse de ella; Vega la protege con el cuerpo y evita que se la arrebathe. Enfurecida fulgura en centellas y lanza su garra contra él, Maanen se arroja sobre el lomo de huesos y evita que golpee a Vega; Parakata se zangolotea y la azota contra el muro. Entonces de un fuerte impulso despegas al viento y atraviesa un tragaluz. Vega lo ve elevarse con Maanen como si colgara de él.

Parakata extiende sus alas acumulando energía, Maanen se sacude con la

descarga.

—¡No! —Vega recuerda lo que le sucedió a aquellos hombres, pero esta vez es diferente.

Rápidamente Maanen domina aquella fuerza que la agita; Parakata descubre que el ataque es inútil y observa su reflejo en la mirada impasible de la joven. Aterrada emite un chillido estridente, la libera y se dispersa en miles de chispas aladas.

Maanen cae del cielo, el viento retumba en sus oídos y apenas logra respirar, acercándose al suelo su corazón late tan fuerte que siente aumentar el pulso; logra quitarse el guante y gira el cuerpo: «Mamá, papá» pensó cuando extendió el brazo en dirección las chispas, empuña los dedos y aquellas se amontonan regresando a la forma de Parakata, luego hace implosión en una nube verdiazul y reaparece con Maanen agarrada del su exoesqueleto.

Parakata planea en el cielo y por un instante hay tranquilidad en el vuelo, Maanen recupera el aliento mientras se aleja del suelo. De pronto Parakata se deja caer en el precipicio realizando espirales al ras del bosque petrificado, Maanen rueda en la coraza y logra sujetarse del torso de Parakata, bien abrazada de ella levanta la cabeza.

—¡Ahí esta! —Descubre el lugar de donde emana la niebla azafrán.

Un umbral luminoso se forma en el momento que la toca con la palma, introduce la mano en el corazón donde está su espíritu. Una corriente de listones florece de Maanen y rodean el cuerpo de Parakata con radiantes colores verdiazules, la niebla azafranada comienza a evaporarse en una estela bajo la bóveda nocturna. Parakata se estremece y del esqueleto emerge el espectro radiante de una mariposa que los listones extraen de la obsidiana, apenas aletea para escapar cuando vuelve al interior de la coraza.

—Olvídalo, no te dejaré regresar ahí. —Maanen se esfuerza y los listones brillaron más.

Parakata se desploma en el bosque de oyamel.

—¡Aaah! —grita al estrellar.

Aturdida quiere pararse, pero todo se mueve a su alrededor; respira con calma, levanta la vista y ve el esqueleto enrollado con los listones verdiazules y exhalando humo azafranado. Se pone de pie procurando mantener el equilibrio y a unos pasos tropieza.

—Gggr..., malvada —Resopla al levantarse—. ¡¿Cómo te atreves?!

Patea una piedra y golpea la coraza.

—Lo siento. —Maanen se lleva las manos a la boca.

Parakata despierta y huye al interior de una cueva estrellándose con los troncos a su paso.

—Siempre lo hacen difícil, latosos e insoportables—. Murmura entre dientes camino a la cueva y se detiene en la entrada —¡Es porque soy la más pequeña, ¿no es así?!

Adentro los agudos quejidos de Parakata inundan el túnel, Maanen sigue el débil resplandor azafrán y en el fondo la encuentra revoloteando en las paredes; cae al suelo y se retuerce, con las garras arranca los listones que no dejan de multiplicarse.

—Te has portado mal. —Dijo con las manos en la cintura. Parakata se arrincona detrás de una roca.

—Me quisiste hacer polvo y lo que es peor intentaste lastimar a mi amigo. ¡Te convertiste en lo que odias!

El cuerpo de Parakata es más grande que la roca donde se esconde, Maanen lo ve cascabelear con el gimoteo de la melodía.

—¿Por qué me temes? —Se asoma al otro lado de la roca y busca los ojos ocultos en las alas. —Mira, quiero mostrarte algo que seguro te va a gustar.

En cuclillas Maanen toca el suelo con la punta de los dedos. Finos tallos verdes brotan de la tierra y se extienden por las paredes, retoños saltan de la hierba y crecen hasta volverse flores rojas de coronas amarillas. Maanen las reconoce, son iguales a la flor de Vega; el viento ulula en los túneles trayendo la fresca esencia de los árboles de oyamel, y mariposas vuelan alrededor de ella.

—¿Estos son tus recuerdos? —pregunta con alegría—, anda ven a ver lo hermosos que son.

Atraída por ese casi olvidado aroma, Parakata sale de su escondite y camina temerosa a la hierba, desorientada percibe algo familiar en esa joven rodeada de aquella naturaleza, en medio del campo olfatea las hermosas flores que ha puesto para ella. Maanen la abraza y apoya la frente en su cabeza de obsidiana, siente el calor del espíritu en su interior

y cierra los ojos

—Vuelve a mí, no temas a la humanidad. Mientras estemos juntas yo cuidaré de ti.

Maanen hunde la mano en el torso de la coraza. Los listones envuelven a Parakata, sus alas se recogen y la luz en sus ojos se desvanece, empieza a resplandecer en una llama turquesa que se concentra en cúmulos de partículas y se transforman en cientos de huevos diminutos. Maanen abre la mochila, toma una probeta y las guarda con cuidado.

—¡Rayos! —Nota un agujero en el costado de su traje e intenta juntar las orillas de la tela—. Esto no es bueno...se van a preocupar. —En ese instante su mirada se abre como un par de ventanas a su pensamiento donde aparecieron Atis y Aegis. —¡Ay no! —Maanen deja atrás el pequeño oasis que había creado y baja el bosque petrificado iluminado por la luna. —¿Dónde estarán, por qué no han llegado? ¡La tormenta! Espero que estén bien.

Parada en una roca observa las estrellas en el arco de la galaxia, reconoce la más brillante en la constelación «Lira» y en esa misma dirección deja caer la mirada en la oscuridad del horizonte, y es encandilada por las luces de un vehículo.

—¿Hola? —Pregunta cubriendo su rostro.

Las puertas se abren de golpe.

—¡Maanen! —gritan las siluetas.

Reconoce las voces de Atis y Aegis, y una sonrisa se dibuja en su rostro.

Capítulo 7

El Lazo que nos Reúne

El sueño atrapó a Marís junto a la ventana y con la cabeza recargada en la pared duerme a lado de su hijo. Vega abraza el invernadero y mira el agujero en el tragaluz donde vio a Maanen por última vez.

Las compuertas se abren con el pesado rechinido de los metales, Vega toma sus muletas y sale de la casa despertando a su madre.

El vehículo de CIBELES desciende en la rampa, Maanen tiene la cabeza entre los asientos delanteros y ve una silueta correr hacia ellos.

—¡Vega! —grita Maanen con una sonrisa.

—¿Vega? —pregunta Aegis, mira a la joven con el rabillo del ojo.

—¡Oye espera! —grita Atis, en ese momento Maanen salta fuera del vehículo.

Atis pisa el freno y baja del auto al mismo tiempo que Aegis y observan a Maanen encontrarse con un chico.

Atis voltea con Aegis quien mira a los jóvenes abrazados que, llevada por la emoción, ha juntado las palmas y con los dedos toca sus labios.

—Pensé que jamás te volvería a ver. —Dice Vega con lágrimas en las pestañas.

Los refugiados salen de la oscuridad y se acercan a la explanada iluminados con la escasa luz del refugio. El doctor es el primero en llegar y observa a las dos personas que acompañan a Maanen.

—¿Qué fue de la criatura? —tartamudea.

—Se ha ido. —Responde Maanen.

—No lo puedo creer, solo eres una joven.

—¡¿Qué?! Solo una... —reacciona Aegis.

Atis se queda frío y espera el siguiente movimiento.

—Pues “la joven” merece su gratitud. —Avanza hasta quedar de cara a al doctor.

Marís y Vega quedan boquiabiertos, los refugiados han dado paso atrás. Esta vez el doctor se ha encontrado con alguien que no dejará pasar su actitud, y por lo que recordaban del incidente en la casa de Marís temían que aquella mujer, quien ha cambiado su delicada tez clara por un rojo vivo, hiciera algo más que solo patear, pero aun cuando Aegis pierde la calma logra controlarse.

—Quiere que crea algo imposible. —El doctor agita las manos deshaciéndose de la idea.

—Pues créalo y porque ese pensamiento porque fue lo que arruinó este planeta.

—¡Ja!, que exagerada. —Dice la misma persona que acostumbra ocultarse en la multitud.

Aegis y los refugiados voltean en aquella dirección.

—¡Qué!, está exagerando ¿no creen? —dice recogiendo de hombros—. Dejar de creer no arruinó el planeta.

Apenas termina de hablar cuando la mujer de antes le da una bofetada y se sacude el polvo de las manos.

Atis, Maanen y Ageis pasan la noche en casa de Vega, reunidos en la mesa disfrutan de la cena que Marís preparó a los exploradores. Maanen cuenta el enfrentamiento con Parakata; Aegis escucha la aventura con las palmas en las mejillas, cubre su rostro y menea la cabeza, pero con una ligera sonrisa de orgullo. Por otro lado, Atis está fascinado con la historia y la alienta a subir a su espalda. Recorren la sala imitando a Parakata, Atis se deja caer y huye para ocultarse detrás de Aegis, por supuesto ella trata de no ser la roca que Maanen describió, mira de reojo a Atis que apoya el mentón en su hombro vigilando a Maanen. Aegis sujeta a Atis y cuando menos lo esperan, Maanen les cae encima. Marís y Vega carcajean con el juego de sus invitados.

A la mañana siguiente dos investigadores, que llegaron de CIBELES M9, atienden las indicaciones de Atis y alistan el vehículo para su regreso. Mientras tanto Aegis planea con la escolta la ruta que seguirán en el

mapa.

En la explanada los refugiados rodean a Maanen y agradecidos se despiden de ella; Nahú se inclina a la altura de la joven, le toma las manos y sonríe, después aparece Atzin y le da un abrazo sin perder el ceño que le caracteriza. Finalmente, el doctor se aproxima con la mirada nerviosa y le extiende la mano; al juntar las palmas el doctor suspira y carcajea

—Gracias niña. —Dice asintiendo con la cabeza.

Una vez listos para partir, los exploradores se acercan al cobertizo donde esperan sus anfitriones. Marís rodea con los brazos a Maanen y le acaricia la mejilla; Vega se acerca con el invernadero y la mirada en el suelo oculta por el cabello.

—No sé si nos volvamos a ver. —Dice Vega y muestra la flor—. Quiero que la conserves.

—Sé que la cuidarás bien, —Responde Maanen observando la planta—. Volveré cuando dé semillas y las cultivaré.

Vega niega con la cabeza. —Si tú la tienes verás cuando dé semillas, así sabrás el día que debes regresar y darme unas.

—El día que vea la primera semilla, te llevaremos a mi hogar y tú mismo podrás tomarlas.

Atis y Aegis observan las miradas encontradas del niño y la joven. Maanen siente un cosquilleo en los labios, se sonroja y con ojos nerviosos hace una tosca reverencia, da la vuelta y se apresura al vehículo, entra en él y cierra la puerta; su silueta con la cabeza agachada se dibuja a través de la ventana.

—¿Qué le pasa mamá? —pregunta Vega.

La caravana parte del refugio M5-1980 tomando la terracería que los encamina fuera del valle y comienza a descender la montaña.

[REPORTE DE EXPLORACIÓN

Lunes 2 de noviembre del año 15

Destino: Territorio M5-1823.

Coordenadas: 19°35'04"N 100°20'32"O

DESCUBRIMIENTOS

Espécimen 1

Reino: Plantae.

Manifestación: Espíritu original, clase 0.

Espécimen 2

Reino: Desconocido.

Manifestación: Viraje, clase...]

Aegis deja de escribir el reporte en la computadora, aprieta los ojos abordada por un recuerdo y lentamente escucha su voz venir...

—¡Atis! —gritó —, ¿puedes oírme?

Una tormenta azafranada la rodea, cojea por la tierra quemada y sujeta su brazo herido que humea con la bruma que le quema, y esquivarlas ardientes en el viento se le incrustan en la piel. Su vista está nublada por el calor que la envuelve, avanza con los párpados inflamados y ojos enrojecidos. El ruido tormentoso y ensordecedor del viraje la obliga a detenerse para proteger sus oídos.

—¡Atis responde! —

Tambaleándose y casi al borde del desmayo encuentra un bulto tirado en el suelo que se retuerce con debilidad. Ella cae de rodillas reconociendo a su compañero. Atis fue alcanzado por el fuego azafranado que lo calcinó, apenas logra respirar con un ahogado y rasposo gemido. Aegis lo sujeta de la mano y lo toma de la cabeza para ver su rostro.

—...Fallé, creí que podía —dijo Atis con dificultad—. Aegis... lo siento.

Ella junta su frente con la de él y lágrimas caen en el rostro de Atis.

—Ambos fallamos. —Dijo Aegis que también perdía la poca fuerza que la sostenía—. Fuimos demasiado lejos.

Y como si todo estuviera destinado a reencontrarse para despedirse, permanecieron así hasta desvanecerse en la tormenta.

Aegis siente un cálido toque en la mano que la regresa al vehículo, ve la palma de Atis que intuyó el recuerdo que la abrumó en ese momento y le

sonríe. Aegis permanece con la mirada inmersa en sus pensamientos; entonces se dijo: “Estamos bien”, y voltea al asiento trasero.

Maanen presiente la seria expresión de Aegis y trata de mantener la mirada en el desierto, pero lentamente es vencida por el silencio que domina la cabina y, jalada por el nerviosismo que no le permite ignorarla, finalmente gira la cabeza y haciendo saltar sus cejas le indica que ya tiene su atención.

—Estábamos preocupados, —dice Aegis —no supimos nada de ti.

—Lo sé —responde Maanen.

—Fui clara en decir que esperarás nuestra llegada, lo prometiste.

—Tuve que hacerlo. —Maanen se asoma entre los asientos delanteros—. Parakata iba tras Vega.

—Entiendo que hiciste lo correcto. —Aegis inclina la mirada y busca sus próximas palabras—. Pero aun así es peligroso, por eso estamos nosotros para evaluar y realizar la mejor estrategia.

—Ya lo sé. —Cruza los brazos— No necesitas recordarlo.

—Bien, no más salidas por tu cuenta.

—¿Pero por qué?! —Maanen se dirige a Atis—. ¿No lo hice bien?

—Rompiste tu promesa —dice Aegis.

Aegis cruza los brazos y conociendo la debilidad de Atis por complacer a la joven, le lanza una mirada paralizante.

—¡Ah! Te vi. —Maanen señala a Aegis y le reclama a Atis—. Te hizo esa mirada. —Apenas puede contener su sorpresa.

—Ya oíste —dice Atis—, te prometo que haremos todo lo posible para que estés lista, hasta entonces tienes que seguir las indicaciones de Aegis.

Maanen regresa al respaldo del asiento, recarga el codo en la agarradera de la puerta y con la barbilla apoyada en la mano observa el árido paisaje que la sumergen en sus pensamientos. El silencio vuelve.

Atis y Aegis llevan años estudiando a los virajes, luego de varios fracasos aprendieron a recuperar algunas pocas especies, pero nada se compara como el último Viraje que casi acaba con sus vidas y les enseñó sus

límites.

—Oye Maanen. —Dice Atis y mira por el retrovisor.

—Mmm...—muge volviendo del desierto.

—¿Qué fue eso? —pregunta con sonrisa burlona.

Aegis oculta la carcajada que le va ganando.

—¿Qué fue qué? —Maanen rezonga meneando la cabeza.

—¡Eso! —Insisten Atis y Aegis como si ella supiera a lo que se refieren.

—¿De qué hablan?! —Levanta las manos.

—¿Por qué mirabas a Vega como si estuvieras frente al espejo?

Maanen queda paralizada con los ojos muy abiertos y se pone colorada.

—¡Aaah! —oculta el rostro— ¡No es cierto!

—Todos lo notamos, el pobre de Vega fue el único confundido —Aegis se arrodilla en el asiento y mira atrás—. ¿Sentiste maripositas en el estómago?

—No, no, no... —Maanen reflexiona —¿Qué son maripositas?

—En un cosquilleo que viene de aquí —Aegis toca su vientre.

—¿Entonces ustedes sienten lo mismo? —pregunta boquiabierta.

—¡Aja! —reacciona Atis— Lo sabía, te gusta el chico.

—No, claro que no, Dios no quiero sentir eso... —se tira al sillón

—¡Trágame tierra!

Atis hace sonidos con sus labios y menea la cabeza —Besito, besito.

Aegis carcajea y sigue la broma caracterizando a una enamorada de alguna de las historias que le leyó a Maanen.

Capítulo 8

Danaus Plexippus

Durante meses la flor de Vega esparció sus semillas en los campos de CIBELES y germinaron más «Asclepias Curassavicas». En sus largas hojas Atis, Maanen y Aegis depositaron los huevos de Parakata, que ahora conocen como «Danaus Plepxippus», y de ellos nacieron larvas cabezonas que apenas se movían, semanas después crecieron en glotonas orugas amarillas de rayas negras, con el tiempo dejaron de comer y subieron a las ramas de donde se colgaron hasta convertirse en duras crisálidas, y así permanecieron durante varios días.

Atis está echado en la hierba debajo de un árbol, apoyado con el codo mira algún lugar en el bosque, a su lado Aegis descansa sentada en los talones y en el regazo ajusta una cámara fotográfica.

—Aun no entiendo —dice Aegis—, ¿por qué el espíritu de la Asclepia Curassavica no atacó a Vega?

—Pienso que ella percibió el aprecio que tiene Vega por la naturaleza.
—Responde Atis, fija su atención en el horizonte—. Su espíritu se vinculó con él.

Aegis deja la cámara y dirige la vista al cielo —Lo eligió para llevarla con Danaus Plepxippus.

—Eso parece. —Atis distingue un tono delicado en ella—. Las especies dependen de otras para sobrevivir, la Asclepia Curassavica es la flor que necesita Danaus Plepxippus para existir.

—Vega fue su guardián —dice con rostro soñador.

—Sí, hubo una conexión y, a pesar de estar separadas, usó a Vega para reunirse con Danaus.

—Creo que no es lo único que ha reunido.

Atis la encuentra con una sonrisa. Aegis dirige la cámara al mismo lugar donde él estuvo observando, encuadra, enfoca el lente y toma la foto de Maanen y Vega en el bosque.

Maanen está de cuclillas y observa las semillas de las Asclepias Curassavicas flotar en la brisa, mientras Vega sigue atento a las crisálidas.

—¡Maanen, están naciendo! —Dice emocionado al escuchar el casi imperceptible crujido.

Las crisálidas se sacuden como cascabeles, los insectos empujan sus cuerpos fuera del cascarón y al salir se paran en ellos. Maanen y Vega quedan sumergidos en el radiante color anaranjado de sus arrugadas alas, comienzan a abrirlas hasta extenderlas por completo y las mueven suavemente, tienen venas negras con los bordes salpicados de puntos blancos. Las mariposas dan un salto al viento y revolotean alrededor de ellos, Maanen extiende la palma y una de ellas aterriza en la punta de sus dedos. Siente las ligeras patas y el movimiento de las alas, su pecho es invadido de la calidez de aquella noche en la cueva. La mariposa se reúne con las demás y vuelan por el bosque en una nube de aleteos; risueños las persiguen en su viaje surcando la hierba y los troncos, las mariposas atraviesan los árboles hasta las copas sorteando hojas y ramas, y alcanzan la cúpula de cristal. Maanen y Vega se detienen en una colina, las observan moverse en círculos queriendo ir más allá. La sonrisa de Maanen desaparece: «Aún no está listo para ustedes, pero llegará ese día», pensó.

Las mariposas abandonan su intento de escapar y descienden al bosque, y ahí esperan que se cumpla la promesa de Maanen.